

# PRESENTACIÓN

## VENEZUELA 2017: ASPECTOS DE UNA CATÁSTROFE SOCIETAL

Cuando miramos la actual coyuntura societal venezolana como una específica combinación de factores y circunstancias, como un tiempo histórico en el que los presentes acontecimientos puntuales son siempre el resultado de una sucesión de eventos que definen la peculiaridad de un proceso; no nos parece una exageración afirmar que con la palabra ruina podemos nombrar acertadamente esta coyuntura del país, comenzando el año 2017. ¿De dónde viene esta ruina, de cuál catástrofe? ¿Por qué estamos ante restos de una arquitectura política que alguna vez pareció mostrarse en vigorosa completud estructural y de sentidos? La falta de mantenimiento o actos deliberados de destrucción conducen a la ruina, que a la vez es metáfora o alegoría de una catástrofe, de un pasado real, o que pudo haber sido, y de una condición moral que ya no es: desenlace doloroso y desgraciado de un proceso, parte final de una polis dramática, en constante acción conflictiva. Nuestro artificio de catástrofe (de naturaleza esencialmente política, puesto que es el resultado de toma de decisiones que nos han afectado a todos los venezolanos, que tiene como principal protagonista al gobierno chavista en el Estado y las maneras como éste ha intentado resolver los problemas de nuestra convivencia colectiva) puede ser nombrado, repetimos, como tal, con el registro de indicadores coyunturales que evidencian, como en toda catástrofe, daños en la infraestructura del país, sensibles pérdidas financieras y económicas y, más grave aún, pérdida de vidas humanas. Tan profundo es el daño, que desde el gobierno chavista se ha acuñado la tesis de la “guerra económica”, porque ciertamente la guerra ha sido consecuentemente señalada como causa histórica privilegiada de las catástrofes artificiales. El argumento oficialista de la “guerra” legítima también, y de por sí, el uso del término catástrofe para caracterizar esta coyuntura de grave y profunda crisis económica y social. Entre las características más comunes de las catástrofes no sólo se cuentan acrecentadas cifras de muerte y pérdidas materiales, sino también la declaratoria de una situación de emergencia que conlleva decisiones únicas como la autoritaria concentración de poderes en el ejecutivo nacional a través de consecutivas promulgaciones de decretos de emergencia económica nacional, cuya excepcionalidad corta e impide todo desarrollo normal y equilibrado de la norma constitucional.

Diversos son los rostros trágicamente deformados de esta ruina. Uno de los más devastadores es, sin dudas, la descomunal caída de la producción agrícola e industrial del país (estimada sobre el 12%), como principal causa del dramático

desabastecimiento y escasez de productos de la dieta básica. Situación a la que se suma la drástica disminución de las importaciones de alimentos, medicinas y otros rubros como efecto de la merma en los ingresos provenientes de la renta petrolera (tanto por la caída de los precios, como por lo perdido a través del despilfarro descontrolado de las políticas clientelares y lo sustraído en obscenas prácticas de corrupción administrativa). Al férreo control gubernamental, monopólico y corrupto, sobre las divisas para la importación de los bienes requeridos, se añade el despliegue de una salvaje espiral inflacionaria superior al 1000% que devora indolentemente salarios e ingresos de trabajadores, profesionales y pensionados (también fuertemente devaluados por la política de bonificación del salario). Estos aspectos son abordados en el artículo del Investigador y Profesor Universitario *Manuel Sutherland*, desde la problemática del proceso de desindustrialización ocurrido durante el gobierno chavista, proceso que no duda en calificar como el más sorprendente de toda América Latina, sobre todo porque, paradójicamente, el chavismo ha construido su ideología política bajo el signo de un socialismo nacionalista del siglo XXI. Con un riguroso ejercicio investigativo, Sutherland registra indicadores del atraso productivo y de las políticas económicas seguidas por el gobierno, resultantes en un gran hundimiento catastrófico del aparato industrial. Los componentes del ciclo recesivo más violento de nuestra historia, dice el autor, refieren a que “por cuarto año consecutivo, Venezuela posee la inflación más alta del mundo (2015: 181 %), un déficit fiscal de dos dígitos (por quinto año consecutivo), una caída del 75 % de los precios del petróleo (que representa cerca del 95 % de sus exportaciones -2013-), el riesgo país a la inversión internacional más alto del globo (2016: JP EMBI+ 4145 puntos), la estrepitosa caída del PIB (-7,1% al tercer trimestre de 2015), la cantidad de reservas internacionales más baja del decenio y una tremebunda escasez de toda clase de bienes y servicios. A ello se le suma la fuga de capitales más elevada del mundo que se realiza bajo la mirada impertérrita de un *rigido* control de cambio.” El resultado final de ese proceso de desindustrialización de “proporciones antediluvianas” define la actual coyuntura económica que “cualquier estimación, por más moderada que sea, puede arrojar una caída del producto industrial de 50 % (1997-2016) y una caída de la productividad del trabajo en la industria de 45 % para ese mismo período. Venezuela podría perder la mitad de su capacidad industrial en menos de 20 años, en medio de la bonanza petrolera más generosa y prolongada de su historia”.

Este pronunciado proceso de desindustrialización, correlativo a una intensificación interna del modelo rentista-extractivista, de erosión acelerada del proceso productivo interno, tanto para el consumo nacional como para su colocación en mercados internacionales, tiene otra expresión catastrófica referida en el texto del Embajador Dr. Gerson Revanales, quien se detiene a examinar rigurosamente las ruinas de una política populista de integración regional del país hacia América Latina, correspondiente a “la visión Geopolítica

del ex presidente Hugo Chávez y de las razones del ingreso estratégico al MERCOSUR, donde la salida de Venezuela de la Comunidad Andina de Naciones (CAN); el enfrentamiento con Washington; los ataques a la OEA; la creación de PETROCARIBE y de la ALBA formaron parte de una estrategia diseñada para llevar adelante el Socialismo del siglo XXI en la región”. Afirma Revanales, que “la cesación de Venezuela como Estado Parte de MERCOSUR representa un hecho lamentable al colocar a Venezuela en una situación de orfandad, al no formar parte de ningún mecanismo de integración que elimine las barreras arancelarias para hacer más competitivas las exportaciones venezolanas ... La cesación aplicada a Venezuela, representa una de las situaciones más lamentables en que ha sido expuesta la diplomacia venezolana; así como un duro golpe a la imagen internacional del país”.

En el mismo marco de improductividad e intensificación del modelo rentístico- extractivista, llevado a cabo desde el gobierno chavista a lo largo de los últimos dieciocho años, se despliega el artículo del Sociólogo y Profesor Humberto Daza, quien examina la naturaleza de las actuales relaciones comerciales entre China –socio comercial privilegiado por el Estado venezolano– y América Latina; modelo que ha llevado a la Cepal , entre muchas otras instituciones y analistas, a afirmar que en la región se ha evidenciado un fuerte proceso de reprimarización reforzado por los parámetros impuestos por la inversión extranjera directa china, ya que casi el 90% de la misma entre 2010 y 2013 se dirigió a las actividades extractivas, en particular la minería y los hidrocarburos.

También, como toda catástrofe, la de nuestro país lleva anejos el miedo, la desazón y la desesperanza ante a las calamidades sufridas por el profundo deterioro de nuestras condiciones y calidad de vida. Basta detenerse en el estado actual de las variables establecidas en el índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas para evidenciar desde aquí también las ruinas: PIB per cápita, educación (en todos sus niveles) y esperanza de vida, los tres indicadores básicos más comúnmente usados, muestran sin ambages su peor rostro. Según estimaciones de la CEPAL, el año 2016 cerró con una caída superior al -8,0 % del PIB, y el año 2017 no subirá del -4,0 %. Por su parte, el FM sitúa la contracción del 2016 sobre el -10% y de -6% para 2017. Sobre el tema educativo, el panorama es nefasto tanto en el sistema público como privado, en las escuelas, liceos y universidades, no sólo por la creciente incapacidad de cubrir comedores o reparar las instalaciones sino también por la pérdida de su capital humano: estudiantes y profesores crecientemente incapacitados económicamente para mantenerse en el sistema educativo.

Mención especial merece nuestra cotidiana puesta frente a la muerte violenta y repentina como inexorable destrucción de la esperanza de vida. Este aspecto catastrófico tiene varias entradas, entre otras, una criminal carencia de medicinas ubicada en este año por el sector farmacéutico sobre el 85% que “se

está pagando con vidas”, en una estadística que todos padecemos en nuestras familias, pero de la que no podemos disponer en cifras oficiales. Otro de sus crueles rostros, vinculados al desabastecimiento, la inflación, el desempleo y el empobrecimiento generalizado, se ensaña con especial furia sobre nuestros niños y niñas, tal como lo demuestra un reciente estudio de la organización *Cáritas*, llevado a cabo entre octubre y diciembre del año 2016, en 25 parroquias de cuatro regiones del país, el cual arroja un 25 % de niños en desnutrición aguda y un 28% en riesgo inminente de desnutrición, configurando un cuadro muy cercano a una *crisis humanitaria*, cuyo peligroso avance ya no espera y exige ser inmediatamente atendido. Y, por supuesto, no puede dejar de abordarse el feo rostro catastrófico de la violencia criminal que destruye de manera inapelable toda esperanza de vida, que contabiliza, en el año 2016, más de 28.000 homicidios en todo el país.

Este aspecto catastrófico de la violencia criminal que nos azota hoy a todos, es el centro del trabajo que nos presenta el Dr. Freddy Crespo, Profesor-Investigador y Criminólogo, quien examina con riguroso cuidado las paradojas de un país cuyos indicadores nos dicen que durante el actual gobierno se han producido más de cien mil muertes violentas y en lo que va de año más de 30 mil. Un país cuya situación de inseguridad personal nos obliga a todos a vivir con miedo y que constituye una de sus principales causas de muerte, exhibe de igual modo, desde las cuentas y estadísticas del discurso oficial, progresivos y positivos índices de superación de la desigualdad, basados en un privilegiado y *peculiar* uso del *Coefficiente de Gini*. Dice Crespo en su trabajo que en nuestro caso “la violencia se presenta como una acción de mayor probabilidad de elección cuando el sistema institucional formal está inmerso en una considerable crisis de legitimidad ante el individuo. En este contexto la violencia como acción es elegida para la consecución del objetivo y éste es alcanzando sin consecuencias para el individuo, tal acción no sólo se legitima, sino que además, cuando la reacción inefectiva contra la misma se hace perdurable, la violencia condiciona al actuar institucional a un ajuste sobre la base de la misma, en la que ésta no sólo se hace tolerable, sino también necesaria para el mismo sistema”. De lo que se deducen los alcances, pero también las inconveniencias metodológicas y epistémicas en el uso de un instrumento de medición de variables de calidad de vida, en un contexto en el que una supuesta reducción de la desigualdad no está, contra toda previsibilidad, relacionado positivamente con una disminución de los homicidios. Concluye el autor que “se normalizó lo *anormal* y se hizo ordinario lo extraordinario. Nos acostumbramos a la violencia. Y dicha costumbre nos hizo más violentos aún, no solo como actores activos que exteriorizan la acción en sí, sino también como actores pasivo que son víctimas de la acción y valoran como un evento extraordinario cuando la acción no nos afecta directa o trágicamente”. Situación que, en todo caso, nos habla de esta otra catástrofe: el deterioro moral y ético de un país en el que se ha

desplegado un proceso de subjetivación que *naturaliza* las formas más salvajes del consumo, la violencia criminal y se disemina la impunidad.

Este Dossier se complementa con un artículo que publicamos en la sección de *Ensayos*, en el que se analizan aspectos de la catástrofe política del gobierno chavista y que, a juicio de su autor, el Investigador y Profesor de la Universidad de Carabobo, Dr. Jesús Puerta, “sepulta las posibilidades históricas de una izquierda en Venezuela, con consecuencias nefastas para toda América Latina”. Puerta detalla en este ensayo las debilidades, tanto en el chavismo como del resto de las experiencias de gobierno de “izquierda” en América Latina durante la primera década y media del siglo XXI; que si bien se trató de una respuesta reactiva frente al neoliberalismo dominante, no se acometieron reales procesos de transformación democratizantes y socialistas. Por el contrario, puntualiza y explica este autor, se mantiene y profundiza la división internacional del trabajo impuesta por el mercado mundial capitalista, a través del reforzamiento de un modelo extractivista “sin ninguna consideración ecológica, social, cultural ni política”. En segundo lugar, afirma la permanencia de un sistema de gobierno y el estilo político sostenido por la demagogia y el asistencialismo que reproduce nuestro tradicional modelo rentístico y a los anteriores populismos históricos latinoamericanos. En tercer lugar, refuerza los tradicionales sistemas de corrupción, apropiación privada de los bienes públicos, “acompañados con el fortalecimiento de las tendencias autoritarias, evidentes en esa fusión de la burocracia estatal, la partidista y los militares”. Y, por último, “nos condena a un retroceso inevitable hacia lo peor de las décadas perdidas: endeudamiento masivo para pagar anteriores deudas, sacrificio de la inversión social, privatización, entrega de soberanía nacional, etc.”

Xiomara Martínez O.  
ESCUELA DE SOCIOLOGÍA, UCV  
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES, UCV